

Para justificar su oportunismo y su cinismo político, los ACTUALIZADORES de *II Partido* toman varias citas de Engels, referentes a zonas feudales o precapitalistas, que no guardan ya ninguna relación con la Albania capitalista. Con la Albania que usa las técnicas especulativas más depuradas del mundo, con el capitalismo albanés que ya ha sido durante 4 años capaz, según los florentinos (*II Partido Co.* n° 249), de saltarse la clásica ecuación marxista *Dinero-Mercancía-Dinero Prima (D-M-D')*, pasando directamente de Dinero a Dinero Prima (D-D'). También toman otra larga cita de *II Programma Comunista*, n° 2-1956, dedicada a la sublevación antirusa Húngara de 1956, que no pega ni con cola el parangonarlo con los acontecimientos albaneses provocados por el capital y por los USUREROS que prestaron su dinero a las FINANCIERAS, con intereses del 50% mensuales. Estas falsificaciones en el uso de las citas fuera de su contexto histórico y económico, son el modo de ser del más refinado oportunismo político, que también suele usar la MÍSTICA como instrumento para *aborregar* a los proletarios que se le acerquen, a los que mandarán ASALTAR la Tirana de turno, para instaurar un GOBIERNO DEMOCRÁTICO REVOLUCIONARIO. Es decir, OTRO GOBIERNO BURGÜÉS.

Otra demostración de que no había habido ningún movimiento con carácter proletario en Albania, ha sido la celebración de las elecciones parlamentarias, sin choques entre proletarios y burgueses, el traspaso del gobierno de una coalición de partidos burgueses a la otra coalición de partidos burgueses, echando del gobierno al demócrata Berisha y colocando a otro demócrata en su lugar. Demostrando la falsedad de los análisis de todos aquellos grupos que vieron un movimiento *proletario* donde *sólo había propietarios en movimiento*. Estos voluntaristas, hacedores de revoluciones en sus TORRES DE MARFIL, son más peligrosos para las futuras luchas reivindicativas proletarias (en cada una de las cuales verán ya el inicio de la revolución *DEMOCRÁTICA-REVOLUCIONARIA*), que monos con metralletas en el centro de cualquier ciudad en horas punta.

En el texto de la Izquierda y del Partido Comunista Internacional, «**MOVIMIENTO SOCIAL Y LUCHA POLÍTICA**», se estableció que el proletariado ya debe luchar por sus propios objetivos clasistas, y no por revoluciones ajenas como le han propuesto los *doctores de II Partido* a los proletarios albaneses. El proletariado tiene una función política, que es una función revolucionaria, «*aunque hubiese aún en circulación revoluciones ajenas "la revolución debe servir al proletariado, y no el proletariado a la revolución"*» (Battaglia Comunista n° 43-1949). Si el proletariado revolucionario albanés hubiese existido y si hubiera seguido la táctica propuesta por los florentinos, lanzándose al asalto de Tirana, en marzo de 1997, para instaurar, no la propia dictadura de clase, sino un «*gobierno democrático-revolucionario*», se habría aliado con clases o estratos de clases ya profundamente reaccionarios en los Balcanes, como el campesinado; lo que hubiera supuesto que ese movimiento se quedase en otra revolución de palacio en caso de vencer, y que el proletariado sirviese a esa revolución de palacio, y no que el susodicho gobierno democrático revolucionario sirviese al proletariado.

Recordamos que con el proceso de la revolución de Octubre de 1917, en Rusia, se cerró la época para las consignas democrático-revolucionarias en la Europa del Este (por tanto, también en Albania y en los Balcanes) para el proletariado revolucionario y para su partido marxista:

«**6.-** Mientras en el área europea de Oriente hoy puede considerarse concluida la sustitución del feudalismo por el modo capitalista de producción y de intercambio, en el área asiática está en pleno curso la revolución contra el feudalismo, y regímenes aún más antiguos...» («*Las Revoluciones Múltiples*», Reunión de Génova-1953). Esto se establecía hace 44 años. Los florentinos REVISAN esta posición para Albania y los Balcanes, introduciendo de nuevo el *gobierno democrático-revolucionario*, como si en esa zona estuviese al orden del día luchar por la revolución burguesa, porque allí dominarían aún, según se deriva de la táctica de alianza propuesta por los florentinos, las relaciones de producción e intercambio FEUDALES; debiendo apoyar una *REVOLUCIÓN DOBLE*: burguesa en economía y socialista en política (léase la Alemania de 1848 en Marx, o la Rusia de 1900-1917 en Lenin); posición fuera de área geohistórica y de época, para Albania y los Balcanes, donde no queda ni rastro de feudalismo, ni rastro de burguesía o pequeña burguesía revolucionaria.

Lo que habrían conseguido los florentinos con su consigna de «*gobierno democrático revolucionario*», hubiera sido la enésima desviación del proletariado hacia objetivos DEMOCRÁTICOS, o sea, habrían impuesto una vez más «*LA DOCTRINA DEL ENERGÚMENO*» (Battaglia Comunista n° 19-1949):

«**Desde las grandes a las pequeñas cuestiones, cualquier desviación oportunista del movimiento de clase ha tenido este carácter: sustituir ante los ojos del proletariado al adversario, al**

**enemigo, al obstáculo constituido por el actual ordenamiento social y por la clase capitalista, con otro objetivo sobre el que dirigir los golpes, bajo el pretexto de que fuese un objetivo transitorio e intermedio, superado el cual se habría vuelto a la gran lucha. Y para la acreditación demagógica de este método (...), para los fines del pregonero lo mejor ha sido siempre, la personificación del enemigo»,** es decir, BERISHA-MUSSOLINI como hace el *II Partido* verdaderamente popular, comparando a Berisha con Mussolini y la Albania de 1996-97 con la Italia de 1924. ¿Quién puede negar lo bien retratados que quedan en estas citas los florentinos?

**A CONTINUACIÓN PUBLICAMOS DOS TEXTOS DE NUESTRA CORRIENTE SOBRE LA CUESTIÓN SINDICAL.**

## **LAS ESCISIONES SINDICALES EN ITALIA**

(De Battaglia Comunista n° 21-1949)

Ayer

No es fácil reordenar un poco las nociones y las posiciones sobre las relaciones de los partidos y tendencias políticas con el movimiento obrero económico en Italia, y sus reflejos sobre el agruparse y el disolverse de las confederaciones sindicales con base nacional.

En las luchas del resurgimiento nacional burgués los grupos de trabajadores, donde existen embrionalmente están aliados con los patriotas y tienden hacia las posiciones más decididas: garibaldinas, mazzinianas y anticlericales. Conseguida la unidad burguesa liberal se forman, según el desarrollo social, en las distintas regiones asociaciones y sociedades obreras en las que por una parte se confunden con los proletarios, los artesanos, y por otra prevalece el paternalismo de los jefes políticos del nuevo régimen parlamentario.

Los grupos más avanzados se despiertan con los primeros adherentes a la Internacional en los años 1867-71; y en las secciones, algunas muy fuertes, como en Romagna, Toscana e incluso Campania, se tienen reflejos de las luchas entre Mazzini, Bakunin y Marx, prevaleciendo la tendencia libertaria, a la que se deben efectivamente, cuando comienza a clarificarse la diferencia funcional entre asociaciones políticas y organizaciones económicas, los primeros sindicatos verdaderos y propios, a pesar de que los anarquistas tendentes al individualismo, no pocos en Italia, desconflan no sólo de la formación de partidos, sino también de los órganos sindicales.

Estos son los pocos compases de prehistoria sindical, cuyo desarrollo sería de máximo interés, que nos permiten llegar a la aportación importantísima del movimiento político y del partido socialista en la organización de las clases trabajadoras italianas de la industria y de la tierra. En efecto, nunca debe olvidarse que si en Italia la difusión de la industria es muy distinta entre región y región, y sólo en una pequeña parte del país deviene, más tarde, de peso paragonable al que tiene en otras naciones europeas vecinas, existe distribuido desde el norte al sur, aunque sea con desuniformidades locales, un proletariado agrícola de puros braceros, cuyas pruebas en las luchas de clase, entendida en el sentido crítico netamente marxista, es decir, como protagonista y no como aliado secundario y transitorio de una clase más revolucionaria, tienen una potente tradición de batalla contra el patronato capitalista y el estado burgués, que solamente la inundante e imbecil vileza de los dirigentes actuales degrada a «*rebelión*» de siervos de la gleba, hambrientos de propiedad y no de socialismo contra el fantasma de un baronato inexistente, que deberían vencer alianzas demo-liberales para la conquista de reformas burguesas. Peor aún, padre, cuando este esquema fantasmal de luchas se presenta como revolucionario.

Al lado del partido socialista y por obra de sus propagandistas, que son al mismo tiempo organizadores —todavía no eran funcionarios— sindicales, surgen las primeras ligas. Estas organizan, naturalmente, a trabajadores de todos los partidos y de todas las creencias sobre la base de su trabajo en las fábricas y en los cortijos. No son menos, naturalmente (cosa reconocida por amigos y enemigos) ligas *rojas* y ligas *socialistas*; en su sede a menudo tiene su domicilio la sede del partido y se convocan las conferencias de propaganda política, de las que sólo es un aspecto ocasional la electoral, sobre todo en cuanto que los compañeros candidatos corren poco peligro de cosechar fracasos.

De hecho el burgués, el bienpensante y el cura condenan al mismo tiempo la pretensión de los trabajadores de obtener con la sola fuerza de su

unión un trato económico menos miserable, y todo lo que llegan a comprender de la propaganda socialista, que escuchan, es como se lanza contra todas las ortodoxias religiosas nacionales y liberales.

No se trata aquí de apologizar una época romántica de socialismo, sino de alinear contribuciones de hechos para la comprensión de la evolución del régimen capitalista, y de las reacciones del movimiento proletario contra el mismo, el que en sus formas organizativas y en sus tendencias no puede evitar las repercusiones.

Es más tarde, cuando otros partidos, además del socialista, bajan a la arena sindical con propósitos no sólo de concurrencia sino de contraataque social. Sobre todo en Romagna surgen ligas y *Cámaras del Trabajo* que llamábamos *amarillas* en contraposición a las rojas socialistas. En la base de la distinta tradición e ideología política hay una diferenciación social: los republicanos organizan a los grandes medieros de Romagna, que tienen sus carteras llenas de dinero, que van de mercado en mercado vendiendo y comprando ganado vacuno por mil liras de oro como si fueran cajas de cerillas, consumiendo luego comidas y bebidas nibelungicas en las posadas con alojamiento y establos. Los trabajadores deben luchar contra éstos (medieros) por su miserable salario diario, y contra su Cámara del Trabajo, adornada con el retrato demacrado de Mazzini, dirigen sus huelgas, mientras a menudo las luchas entre los dos partidos se liquidan a leñaos y cosas peores. De hecho, los braceros, por ejemplo, de la rica y roja Imola, irían en vano en busca de literario barón; cuanto más, podrían encontrar en casa al conde Tonino Graziadei, pero por ventura se toparía con uno de los pocos que en Italia hubiesen leído y comprendido a Marx. Comprender no significa seguir, pero siempre es algo raro y simpático.

En el Veneto, por el contrario, domina la propiedad muy fraccionada y prevalecen los curas. Cuando ya no basta el púlpito y el círculo católico está tan oscuro y silencioso como la sacristía, vemos como fundan la Cámara del Trabajo blanca. No es fácil demostrar que se reúne a sindicatos, mutuas y consorcios de agricultores para comprar abono, que a veces tiene el escudo común y sin rodeos de la Banca Católica. El buen creyente ahorra para la otra vida, pero también para este valle de lágrimas. Estamos en la época de la *Rerum Novarum*. La previsión es el punto central de la economía sacerdotal y pequeño burguesa y es la bestia negra de nuestra economía marxista. ¿No es así, Tonino? Pero las estadísticas de los depósitos de Ivanov Vossnessensk han batido a las de San Doná del Piave...

En este momento hay en Italia tres Confederaciones sindicales, aunque con distinto peso regional. Roja, amarilla y blanca. Continuamos examinando la cuestión con nuestro simplismo de pobres y limitados monocolors. Si a la última la queréis llamar negra, la cuestión es la misma.

La tantas veces recordada crisis de la separación del sindicalismo revolucionario, en gran parte fue una reacción contra la degeneración de derechas del movimiento socialista. Esta tuvo un doble aspecto: parlamentario y confederal. El partido como tal, con sus mejores militantes y en la misma dirección, era arrastrado por la doble fuerza del grupo parlamentario y de la jerarquía de los dirigentes confederales, dos fuerzas igualmente orientadas hacia una forma legalitaria y conciliante de la acción, a cuya meta era fácil, ver la colaboración económica con los patronos, y política con los gobiernos burgueses. Dirigentes sindicales y diputados afirmaron su autonomía frente al partido por un buen motivo democrático, o sea, que los afiliados al partido eran numéricamente muchos menos que los organizados en los sindicatos por un lado, y que los electores políticos por el otro. El extremo reformismo de los Bonomi y de los Cabrini desarrolló un verdadero «sindicalismo reformista», que aún considerando su campo de acción no en la calle y en la plaza, sino en el bufete del industrial y en el gabinete del gobernador civil, se consideraba libre de las influencias de partido e incluso de las más derechistas diputaciones socialistas, devaluando por consiguiente —síntoma común a todos los revisionismos del marxismo radical— la acción de partido respecto a la puramente económica.

Los sindicalistas sorelianos o revolucionarios, flanqueados por los anarquistas, se apoyaron en el descontento de las masas por los excesos del método quietista prevaliente en las ligas obreras y en el partido, demasiado dedicado a la acción electoral; y colocaron en primera línea sus *slogans* preferidos de la *acción directa*, o sea, de la imposición al patronato sin intermediarios parlamentarios y funcionarios estatales, y de la huelga general como medio de apoyo entre una y otra categoría. De la Confederación General del Trabajo socialista, pero en sustancia dominada por reformistas, incluso si éstos eran minoría en el partido, se salieron las organizaciones de dicha tendencia y fundaron la combativa *Unione Sindacale Italiana* protagonista de batallas obreras que no se deben olvidar. El fuerte, y no menos rico de tradiciones clasistas, Sindicato Ferroviario, aún reprobando al reformismo confederal, se mantuvo fuera de las dos organizaciones nacionales.

La ventisca de la guerra: La Confederación del Trabajo, siempre dirigida por elementos de la derecha del partido socialista, resistió sin

escisiones en la oposición a la guerra aún rechazando proclamar la huelga general en las jornadas de borrachera patriótica de mayo de 1915. Se rompió malamente la *Unione Sindacale* y tuvimos dos: la interventista en la guerra, de Ambris, y la contraria a la guerra del libertario Armando Borghi. Los nombres se usan para reducir el escrito.

## Hoy

Cuando aparece el fascismo, que en sustancia era la misma corriente a la que correspondían por una parte los derechistas Bissolitanos y Bonomianos, y por otra parte los pseudos izquierdosos del interventismo, unas veces republicanos a la Nenni, otras sindicalistas a la de Ambris, se probó ese (el fascismo) también en el campo sindical, incluso fundó sus sindicatos haciendo ruido sobre el acuerdo nacional con motivo de la lucha contra el patronato, entre otros, en el interesante discurso de Dalmine. No por nada, convenció a exponentes no despreciables de aquellas corrientes, encuadrando a un Michele Bianchi que en el ambiente sindicalista italiano tuvo una parte de algo más que perejil, y las patrañas reformistas de Rigola Calda y los otros de los *Problemas del Trabajo*. El fascismo era él sólo, verdadero y posible heredero del reformismo, o sea la bestia negra de nosotros arqueólogo—marxistas.

Los sindicatos fascistas hicieron su aparición como una de las tantas etiquetas sindicales, tricolor, contra las rojas, amarillas y blancas, pero el mundo capitalista ya era el mundo del monopolio, y se desarrollaron como el sindicato de estado, como el sindicato forzado, que encuadra a los trabajadores en la estructura del régimen dominante, y destruye de hecho y de derecho toda otra organización.

Este gran hecho nuevo de la época contemporánea no era *reversible*, es la clave del desarrollo sindical en todos los grandes países capitalistas. Las parlamentarias Inglaterra y América son monosindicales y los sindicatos en sus jerarquías sirven a los gobiernos igual que en Rusia.

La Victoria de las Democracias y el retorno a Italia de los personajes *premarcha sobre Roma* que eruplan efectos del aceite de ricino sin haber sido obligados a beberlo, no ha sido, pues, una reversión del fascismo, mucho menos regresiva que estos (pero entre tanto anote Tonino que nosotros, monomarxistas, etc., en cuanto más le concedemos a uno como progresista más deseáramos verlo destruido).

Si la situación histórica italiana hubiese sido reversible, o sea si tuviese alguna base la necia posición del segundo Resurgimiento y de la nueva lucha por la Nación y la Independencia, caballo más que nunca montado por los mismos estalinistas, no habría tenido un minuto de existencia la táctica de fundar una confederación única de rojos y de amarillos, de blancos y de negros, y sin la influencia de los factores de fuerza histórica, a la que debiéndole dar un nombre se toma el de Mussolini, las masas no habrían sufrido este orden bestial aportado por la encíclica moscovita en la Pascua de 1944.

Las escisiones sucesivas de la Confederación Italiana General del Trabajo separándose de los demócratacristianos y luego de los republicanos y socialistas de derechas, incluso en cuanto conducen hoy a la formación de distintas confederaciones, y también si la constitución admite la libertad de organización sindical, no interrumpirán el proceder social del sometimiento del sindicato al estado burgués, y no son más que una fase de la lucha capitalista para quitar a los movimientos revolucionarios de clase futuros la sólida base de un encuadramiento sindical obrero verdaderamente autónomo.

Los efectos, en un país vencido y privado de autonomía estatal poseída por la burguesía local, de las influencias de los grandes complejos estatales extranjeros que se pinchan en estas tierras de nadie, no pueden enmascarar el hecho de que también la Confederación que se mantiene con los socialcomunistas de Nenni y Togliatti no se basa en una autonomía de clase. No es una organización roja, también ésta es una organización tricolor cosida sobre el modelo de Mussolini.

La historia del «resurgimiento» sindical de 1944 está para demostrarlo, con sus cuotas tricolores y sus estilos de agua lustral en las banderas obreras, con las rojas consignas de Unión Nacional, de guerra antialemana, de nuevo Resurgimiento Liberal, con la reivindicación, ahora en funciones, de un gobierno de concordia nacional, directrices que habrían hecho vomitar a un buen organizador rojo —incluso de tendencia reformista abierta.

# PROLETARIADO Y ALIANZAS

(De Battaglia Comunista n° 42—1949)

Ayer

Para examinar las consecuencias nefastas de la oportunista y derrotista «teoría de la ofensiva» es necesario reordenar las ideas, viejas y simples ideas, y mejor dicho —nociones del marxismo sobre la historia de las alianzas entre la clase obrera y sus fuerzas políticas y otras fuerzas sociales o partidos.

Puesto que si nosotros enunciásemos como tesis absoluta y fuera del tiempo, que desde el momento en que se ha afirmado el método de la lucha de clase entre proletariado y burguesía, siempre y en todas partes deba estar vigente el dogma: «ninguna alianza, ninguna coalición, ningún compromiso», tendríamos el aire de derivar nuestras conclusiones no por la vía del determinismo científico, sino por la metafísica que antepone al estudio y a la constatación de la realidad, axiomas ideales, morales o estéticos. Este es el exacto contrario de las posiciones defendidas denodadamente y siempre por los marxistas de izquierda en Italia o en otras partes, y justamente cae bajo los argumentos críticos decisivos de Lenin en «Extremismo Enfermedad... del Comunismo», en el que es atacado ásperamente el extremismo, compuesto de actitudes estéticas de grandes palabras de inútiles arrogancias y de vacío voluntarismo.

El problema de las eventuales alianzas del proletariado en las luchas sociales, se plantea en la sucesión de épocas de modos muy distintos; en la sucesión histórica nosotros vemos fundamentalmente la alternancia de las clases en el poder, y esto sucede con distinto ritmo en los diversos países del mundo; no se puede excluir, pues, que el problema se resuelva de un modo distinto en los diversos países, a pesar de que desde su inicio nuestra escuela sea internacionalista y desde hace tiempo haya cancelado el lema «**todos los hombres son hermanos**», idealista y metafísico, por el histórico «**proletarios de todo el mundo uníos**».

El proletariado nace con la gran industria, y ésta está presente antes de que la clase de los patronos de fábrica, la burguesía, le hubiera arrancado el poder a las clases feudales y terratenientes. El dualismo ideológico, político y revolucionario, entre feudalismo y capitalismo, se entrelaza desde sus orígenes con el moderno dualismo entre industriales y obreros.

Las primeras experiencias, tanto del ambiente social de los países en los que la burguesía ha triunfado, como de las luchas obreras espontáneas, ya permiten la aparición de reivindicaciones socialistas, y preparan el pasaje del socialismo de la utopía a la ciencia. Las maldades del sistema del trabajo asalariado y la crítica del mismo, tras haber generado en un primer momento vagas reivindicaciones de justicia y de igualdad social, en medio del mayor clamor de las reivindicaciones jurídicas y políticas de los programas burgueses, dan lugar a una perspectiva histórica más exacta y fundada, al final de la cual está una nueva lucha por el poder, la toma en custodia de la organización productiva por parte de la clase obrera y la liberación de las fuerzas que preludian una nueva economía no capitalista. Desde entonces el movimiento tiene una meta final, un punto de llegada futuro, se despoja de todo valor místico y de todo carácter de fantasía de inspirados, o de evangelio de secta, y busca las soluciones a sus problemas en función de esta desembocadura, que corona toda la larga batalla en curso y es común a los revolucionarios de todos los países.

Para el marxismo, el alba de este largo curso, que corresponde para el mundo más desarrollado a la época del Manifiesto de los Comunistas, ve en la misma fase histórica aquellos procesos que llamamos desde hace un siglo: «**desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas**» —«**carácter político de la lucha del proletariado contra la burguesía**» — «**constitución del proletariado en clase**». Desde este mismo punto se tiene movimiento comunista moderno, «**los sociólogos ya no tienen necesidad de buscar la ciencia en su mente... de fabricarse sistemas... desde este momento la ciencia producida por el movimiento histórico ha dejado de ser doctrinaria, y se ha transformado en revolucionaria**» (Miseria de la Filosofía).

Desde entonces, como todo problema, incluso el de las alianzas, no se puede plantear si no es en relación con los caracteres del estadio del traspaso en que nos encontramos, de otro modo se haría puro doctrinarismo; pero desde entonces no puede plantearse más que en relación con el fin último del movimiento general, de otro modo, el pasaje al carácter revolucionario del método sería traicionado.

Un primer aspecto histórico del problema se tiene en aquellos países en los que en la lucha entre la burguesía revolucionaria y el antiguo régimen feudal ya está presente el estrato obrero. Una primera solución

falsa del problema ya se presenta, o sea la propuesta de alianza entre los obreros y la contrarrevolución antiburguesa. La breve parte del Manifiesto dedicada a «**Literatura socialista y comunista**» de la que ya en el prefacio de 1872, los autores contemplaban una nueva y amplia redacción, y que hoy con gran utilidad sería reordenada en una verdadera y propia crítica y condena de escuelas desviadas (Un índice marxista, si la expresión provoca enojo en algún imbécil, en cuanto a las pasarelas hacia el futuro sobre el que la Revolución apoya el pie más seguro no son los «**sistemas constructivos**», espabilados jactanciosos, sino las demoliciones críticas), aquella parte del Manifiesto contiene la destrucción decisiva de esta falsa posición. Por infame que sea el nuevo sistema de producción, es una etapa necesaria en nuestro camino hacia el comunismo; ninguna veleidad mística, ningún atletismo volitivo la puede saltar en virtud del hecho de que —contra la apologética liberal burguesa— es feroz, mala, odiosa y suicida, para estimar peores que los de la vieja opresión feudal. La doctrina revolucionaria marxista está pues en condiciones de dar una primera consigna: ningún apoyo a las fuerzas feudales contra el patronato burgués.

La motivación de esta verdadera y propia «**tesis sobre la táctica**» no es, sin embargo, que los canones, los ideales y los principios de la burguesía contengan posiciones comunes a la misma y al naciente proletariado, pilares de una «**civilización**» democrática y de libre pensamiento, común a ambas clases o a todos los estratos no aristocráticos. La motivación es totalmente materialista, y es que no puede haber comunismo sin la fase económica capitalista, y el proceso de ésta se acelera decididamente con el traspaso del poder a la burguesía.

En las revoluciones burguesas los obreros de la ya existente industria luchan por la parte opuesta, o a favor de la burguesía. Pero ya en la época del «**Manifiesto**» este hecho es analizado, y los primeros movimientos clasistas están dirigidos con absoluta claridad de visión de las relaciones entre las clases y de los sucesivos desarrollos de la revolución obrera.

Es indudable que el mismo análisis vale para la época del primer capitalismo, ya que en el caso de la ofensiva revolucionaria burguesa por la conquista del poder, como en las defensivas que opone la burguesía a los retrocesos, «**ofensivas**» y tentativas de restauración absolutista. En estas ventiscas, el proletariado no está nunca ausente, comienza a formarse como clase, con amplias contribuciones de sangre, en un decidido movimiento hacia su autonomía e independencia, y hacia la lucha decisiva por sí solo y para sus fines, corriendo y sufriendo continuos riesgos de caer en la movilización militar e ideológica al servicio de una causa no suya. Tomad la *Miseria*, el *Manifiesto*, *Las Luchas en Francia*, cualquier otro texto, la discriminación de este punto es siempre coherente y definitiva.

Las primeras luchas obreras son absolutamente inconscientes y actúan en un «**contrasentido histórico**», como la destrucción de las máquinas y similares. Los primeros desheredados proletarios son empujados a reivindicar las marchitas «**corporaciones medievales de los artesanos**». «**En tal estadio los obreros forman una masa, diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman masas compactas, esta acción no es, todavía, consecuencia de su propia unión, sino de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe —y, por ahora, aún puede— poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa, los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los ENEMIGOS DE SUS ENEMIGOS, es decir, contra los restos de la monarquía absoluta, los propietarios terratenientes, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses**». (Los actuales periodístuchos dirían: los estratos retrógrados. Para esa gente con polarización invertida, una fase histórica que no tenga el retrogradismo al orden del día no llegará nunca. De *gustibus*...).

«**Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía**».

Y en los primeros decenios de su historia, el proletariado *ha debido* fabricar victorias para la burguesía. No tenía otro camino para servir a la propia victoria futura. El marxismo ha seguido paso a paso tal proceso. El Manifiesto, en su último párrafo, contiene un esquema de normas tácticas, y cita a los principales países de Europa. Resaltando que, entonces, sólo en dos países había un poder estable de la burguesía, Inglaterra, de la que el Manifiesto nada dice, y Francia, en la que sin embargo se rumoreaba la presión revolucionaria y republicana contra la monarquía orleanista. El texto se detiene sobre Alemania remachando claramente la estrategia del apoyo a la burguesía «**cada vez que ella combate por un principio revolucionario contra la monarquía absoluta, la antigua propiedad feudal y la pequeña burguesía**».

La clara posición clasista emerge, sin embargo, de cada renglón del texto, del que se hace un análisis más amplio también para los otros

países, no olvidando nunca que estamos en los inicios del traspaso de la indagación científica para la dirección de acciones políticas. Marx y Engels apenas han podido liberarse de la influencia de demócratas humanitarios y filántropos que se adaptan difícilmente a la nueva concepción. Todavía en 1845 han rechazado entrar en la Liga de los Justos, por la «tendencia a convertir el comunismo en cristianismo» (así, bien deglutida un siglo después por los partidos «marxistas» (¡¡!!) de Italia).

Esta posición histórica no contrasta, pues, con los fundamentos rebatidos sólidamente incluso cuando se habla de las relaciones de los «comunistas» con los otros partidos proletarios. Ante todo son definidos tales aquellos que sostienen: «organización del proletariado en partido de clase —derrocamiento de la dominación burguesa—, conquista del poder político por parte del proletariado». Desde Lenin en adelante no se cuestiona que tal conquista es la armada, no la legal. Además, los comunistas son los que «defienden siempre el interés del movimiento en su conjunto, en cada estadio de la lucha entre proletariado y burguesía» y «luchan para alcanzar objetivos inmediatos en interés de las clases trabajadoras, pero en el movimiento actual representan siempre el futuro del movimiento». Retornados sobre este criterio fundamental, es necesario reanudar, a largos saltos, el «hilo» cronológico.

### Hoy

Los aliancistas tipo primera guerra mundial y tipo segunda guerra mundial, para nada quebrantados por el largo curso de desarrollo capitalista que relegaba a las tinieblas del pasado las posibilidades de restauraciones feudales y de hundimientos del sistema social y político burgués, han puesto las fuerzas proletarias a disposición de partidos, de regímenes y de gobiernos burgueses, sin el más mínimo miramiento para los fines de clase del movimiento general. No han intentado ni siquiera demostrar, que la alianza era un trámite hacia el fin revolucionario futuro, o lo han hecho en los primeros pasos de la carrera hacia el retroceso, tímidamente y en círculo restringido de partido, y cuando tocan esta tecla lo hacen para embrollar a los grupos radicales de los proletarios, que por desventura encuadran.

En toda su actitud, agitación y propaganda, han abrazado sin reservas los fines y las consignas de la alianza, a la que se habían entregado en alquiler, sustituyendo totalmente las directrices específicas de partido. Y esto a pesar de que, en uno y otro caso, existiesen ya partidos consolidados, con verdaderas posibilidades de acción y de maniobra táctica, con amplia implantación de prensa y de difusión pública de las propias directrices.

En 1850 la Liga de los Comunistas todavía era una niña, con pocos adherentes, clandestina y perseguida en todas partes, y ya lanzaba circulares con la táctica de alianza, referida aún a Alemania; estaba enfocada de modo muy distinto. Al prever movimientos de insurrección de los demócratas burgueses, la Liga subrayaba, que rápidamente, después de esos movimientos, la burguesía se volverá contra el proletariado que la ha ayudado (tema dialéctico central también de todos los estudios de Marx sobre las luchas sociales francesas).

No por eso se prescribe el no participar en la lucha armada contra el absolutismo feudal. Pero recomienda sobre todo la autonomía del movimiento. El partido democrático de burgueses y pequeño-burgueses, invita a los obreros a la unión para absorber las fuerzas en un movimiento «en el que prevalezcan las frases socialdemócratas comunes». «Una tal unión debe ser pues rechazada del modo más tajante. Para el caso de una lucha contra un enemigo común no se necesita una unión especial...». Los obreros comunistas serán los primeros en combatir, pero permanecerán en sobre aviso y preparados para un cambio de frente. «Sobre todo, los obreros deben contener las explosiones de alegría por la victoria, de entusiasmo por el nuevo estado de cosas..., mantenerse reservados..., mostrar la máxima desconfianza hacia el nuevo gobierno. En una palabra, desde el primer momento tras la victoria, la desconfianza ya no debe estar dirigida contra el partido reaccionario vencido, sino contra sus mismos aliados de ayer, contra el partido que sólo quiere explotar la victoria común». Los obreros comunistas todavía empujarán la lucha hacia adelante. Es éste el texto que le dio a Trotski, para Rusia, la sugestiva consigna de la «Revolución permanente». Fecha, marzo de 1850.

Son demasiados los capítulos del balance del aliancismo, al inicio, en verdad, una útil enfermedad infantil del socialismo, hoy, como sostenemos nosotros, militantes de izquierda desde hace varios decenios, maldita peste del mismo.

Pero aquella indicación genial ante el reprimido entusiasmo, que puede parecer de un peso secundario, echa sobre la cuestión un verdadero haz de luz.

Los intervencionistas de 1915 se llamaron «revolucionarios». Pasaron a la democracia, a la guerra y a la Patria pretendiendo tomar una vía que les habría reconducido a la revolución proletaria; de desescombrarle un obstáculo a esa. El periódico «Popolo d'Italia» de Mussolini continuó llamándose socialista. Pero caído el enemigo común, el moldeado «militarismo teutón», fue imparable la orgía de entusiasmo. No podía ser de otro modo, puesto que no se había realizado una táctica distinta con los ojos fijos en el fin «del movimiento general»; se había pasado simplemente al servicio de los fines burgueses. Y los entusiastas del noviembre victorioso, que ahora todavía se celebra, como se celebra la entrada en Trieste por el caza Audacias con Vittorio (CGIL) a bordo, aunque ya no exista ni el caza ni Trieste ni Vittorio ni la Victoria; se alquilarán para siempre a la patria, a la democracia y por consiguiente a la burguesía y al Capital.

Aquéel proceso no de «revolución permanente» sino de «revolución retroflexa» nos gusta definirlo históricamente como *mussolinismo*.

La gesta de los aliancistas antifascistas de la segunda guerra ha arruinado el proceso mismo. Por intercambio dialéctico, estaba precisamente Mussolini en el clásico lugar de *enemigo común*. Los aliados, los Coaligados, los Blocardistas de 1943–45 eran tan poco marxistas que han consumido una verdadera e indecente borrachera de entusiasmo, entre los himnos a la renovada revolución burguesa y liberal, a la reconquistada gloriosa patria italiana, a la definitiva unidad callejera nacional de todas las clases, revoloteando sobre ella el espíritu del Duce a pesar de que el cuerpo pendiese colgado por los pies.

Si en el campo de los aliancistas, alguno estaba aún bajo un vago olor de marxismo —no para nosotros, por cierto— la abjuración se hizo definitiva desde la fase de *euforia* entusiasta, que tanto fastidiaba en 1850 al redactor de la modesta «circular» comunista.

Alguna riña se produce hoy entre los regocijantes danzarines de áureos días recientes. Pero se requiere otra cosa para esclarecer la negra y tenaz pez de la traición.

Cuando quieren atacarse a muerte se intercambian el supremo ultraje de «fascistas». Su contienda da asco, porque ninguna de las partes tiene tanto valor como para «dirigir la desconfianza no contra el partido vencido, sino contra los aliados de ayer». El planteamiento histórico es muy otro: aquél no era un partido feudal o reaccionario, era un partido burgués, como lo son hoy estos dos grupos de granujas.

## USA—LUCHA OBRERA Apariencias y realidades en la huelga de «UPS»

Si vamos al fondo de la cuestión, o sea, a la situación general de las relaciones del mercado (de la ley de la oferta y la demanda) de trabajo en Estados Unidos, podremos observar y verificar, que ha mejorado mucho para los trabajadores con relación a 1991–92. Se afirma que se está viviendo «la mayor escasez de obreros desde Vietnam», que algunos estados como Michigan y Ohio gastan millones de en anuncios y propaganda para atraer obreros especialistas a sus empresas desde otros estados. Que las compañías de ambos estados están subiendo los salarios y los beneficios sociales para conseguir en otros estados el tipo de mano de obra que necesitan.

Es en este ambiente, en este caldo de cultivo, donde se vienen produciendo una serie de huelgas y de amenazas de huelga, que arrancan mejoras de cierta importancia para los asalariados. La principal mejora es que están invirtiendo la tendencia individualista y derrotista, que se había venido generalizando con las aplastantes derrotas de las larguísimas y durísimas huelgas contra las reconversiones y los recortes salariales impuestos entorno a 1978–88.

La huelga de dos fabricas de *Delfhi Automotive*, filial de componentes de *General Motors*, el verano del año pasado abrió las puertas a esto que ya parece ser una tendencia. Al menos otra decena de fabricas de componentes o de montaje de automóviles de General Motors han ido a la huelga después, consiguiendo paralizar los planes de reconversión, y arrancando algunas mejoras. No debemos olvidar que GM es el mejor termómetro al ser la primera firma norteamericana y mundial por facturación (168.369 millones de dólares, unos 25 billones de pesetas en 1996) y empleo (647.000 empleados en 1996) de mano de obra, estando establecida en casi todo el mundo. Con un abanico salarial que va desde los 43 dólares a la hora, que cobran los empleados de las fabricas de GM en